

# Valentín Letelier, teórico y educador

EDUARDO NUÑEZ CRISOSTO\*

En el año 1886, recién llegado de Alemania después de cuatro años de ausencia, Valentín Letelier participa en dos certámenes. Uno abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, convocado bajo el tema: "Por qué se rehace continuamente la historia: condiciones que el espíritu moderno exige en las obras históricas". Letelier presentó al concurso una monografía titulada *¿Por qué se rehace la historia?* (1888)<sup>1</sup>, la que obtuvo el premio: una medalla de oro, que nunca le será entregada. El ensayo fue uno de los primeros trabajos que se escriben en nuestro país acerca de la filosofía de la historia. Más adelante Letelier ampliará el tema en una obra en dos volúmenes, titulada *La evolución de la historia* (1900). El otro certamen en que interviene, triunfando igualmente, es el abierto por don Federico Varela, que ejecuta el Consejo de Instrucción Pública y cuyo tema consistía en un estudio "sobre el estado en que se encuentra la ciencia política en Chile y sobre los medios de impulsar su progreso en adelante". La ponencia de Letelier en este último certamen se tituló *De la ciencia política en Chile* (1886), ensayo dividido en tres partes que totalizan ciento treinta y seis páginas.

\*EDUARDO NUÑEZ CRISOSTO. Profesor de Lógica y Filosofía de la Ciencia, en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Concepción.

<sup>1</sup>Letelier, Valentín (1888). "La obra quedó encarpetada durante dos años porque ni se me dieron facilidades para publicarla en los Anales de la Universidad de Chile, ni tenía recursos para costear una impresión" (Prólogo a *La evolución de la historia*, p. x).

Los certámenes evidencian más de un síntoma. Primeramente nos caracterizan la atmósfera cultural chilena hacia fines del siglo XIX. No obstante el incipiente desarrollo, se percibe ya la intencionada planificación intelectual y educativa. Los certámenes se inscriben en un fecundo impulso cultural que desarrolla una política de intercambio educativo de alcance internacional. Hacia 1885 llegan los primeros profesores alemanes a nuestras escuelas normales y, paralelamente, entre otros, tres grandes educadores: José Abelardo Núñez, Claudio Matte y Valentín Letelier viajan por Europa y Estados Unidos con el claro propósito de conocer la organización, sistemas y métodos de la moderna enseñanza<sup>2</sup>.

Un segundo hecho que coloca de manifiesto los triunfos alcanzados por Letelier, es que nos encontramos frente a uno de los hombres más cultos de la época. Letelier, a los treinta y tres años de edad, se encuentra echando las semillas de lo que terminará constituyendo la obra erudita más grande de su época y posiblemente de nuestra historia cultural. El examen bibliográfico que la obra de Valentín Letelier supone, especialmente los dos volúmenes de *La evolución de la historia, la Filosofía de la educación y su Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales* (1917), no tienen hasta hoy parangón en la historia del pensamiento chileno.

Cuando se examina la obra de Letelier, generalmente se le termina asociando al pensamiento del filósofo Augusto Comte y encasillándolo dentro de los rígidos límites del positivismo comtiano. Así, Luis Galdames, al examinar el punto, reconoce que la *Filosofía de la educación* "fue objeto de varias críticas, tanto por su fondo filosófico como por sus conclusiones docentes". Luego, nos agrega, "en cuanto al fondo, no se ignora que la *Filosofía de la educación* tiene su raigambre en el positivismo; y hay en muchas de sus páginas un trasunto fiel de esta doctrina, como en la llamada 'ley de los tres estados' (...), en la clasificación de las ciencias y su jerarquización..."<sup>3</sup>. A su vez, Roberto Munizaga, cuando alude al olvido en que sumimos, por *snobismo*, a nuestros intelectuales, respecto de Letelier, escribe: "Tal vez pudieran insinuarse observaciones críticas que expliquen y justifiquen la situación anterior: Por una parte, que la posición ideológica de Letelier —el positivismo— es una filosofía anticuada, y, por otra, hacerse reservas en cuanto a la originalidad de su labor intelectual"<sup>4</sup>.

<sup>2</sup>Galdames, F. (1985).

<sup>3</sup>Galdames, L. (1937), p. 184.

<sup>4</sup>Munizaga, R. (1957), p. 41.

Munizaga, al seguir el desarrollo de su exposición, refuta el argumento de que existan filosofías anticuadas; como si el positivismo —doctrina a partir de la cual se ha hecho posible el desarrollo cibernetico— necesitara hoy dar pruebas de juventud y actualidad. Respecto a las reservas sobre la 'originalidad', recordamos este concepto como procedente de la actividad estética; en cuanto al trabajo intelectual el ejercicio permanente ha sido, en cambio, el de buscar fuentes o precursores.

En lo que sigue, haremos una lectura de la obra de Valentín Letelier que nos mostrará, antes que un positivista de estricta observancia, a un pensador crítico, de amplia cultura y profundamente impregnado del espíritu científico que germina en la Europa de segunda mitad del siglo XIX. En nuestra lectura Letelier se perfila como un pensador crítico que no se limita a recibir pasivamente los aportes de la tradición europea, sino que por el contrario, la reflexiona y adecua a nuestra condición americana y chilena. Además, en esta lectura, debemos renunciar a la posibilidad de separar al hombre teórico del hombre de acción, al filósofo de la historia y la educación del político y educador.

Desde 1800 hasta comienzos de nuestro siglo se puede distinguir en la historia del pensamiento europeo, al menos, dos grandes períodos bastante bien delimitados. El primero, de 1800 a 1850, se encuentra subrayado por el suceso histórico. Europa, sacudida por la Revolución Francesa, las primeras campañas napoleónicas y la pérdida de parte de sus colonias, es el escenario de la ruptura de un equilibrio entre dos estructuras sociales y políticas que hasta ese momento habían logrado coexistir: el feudalismo y la burguesía. Este mundo en expansión exige del teórico una doctrina que dé cuenta de sus contradicciones y de sus crisis. La primera mitad del siglo XIX es el período de las grandes doctrinas que intentan explicar los secretos de la naturaleza y de la historia. Es la época de las teorías tradicionalistas de Joseph de Maistre y Louis de Donald, de las grandes metafísicas alemanas post-kantianas, de Fichte, Schelling y Hegel, así como también de las doctrinas sociales de Saint Simon, Comte y Fourier. Todas estas doctrinas hacen del género humano una realidad esencialmente histórica.

El segundo período, que cubre aproximadamente las cuatro décadas que van de 1850 a 1890, corresponde a una especie de renacimiento del espíritu científico y analítico del siglo XVIII. Se trata de un retorno a Kant y Condillac. A partir de ese momento —y es ésta la atmósfera cultural que respira y orienta a nuestro intelectual Letelier— la crítica sustituye a la metafísica; la física y la química relevan a la filosofía de la naturaleza y la política económica y social suplen al profetismo. Es la época de Renan y de

Taine, y las doctrinas favoritas son el darwinismo y el evolucionismo de Spencer.

Lo que cambia esencialmente a principios del siglo XIX es la percepción con que el hombre se presenta a sí mismo. El hombre no se puede definir sino cargado de historia, nos dirá Hegel. Es necesario volver al pasado para coger las leyes de la historia. "En la historia general de la humanidad, la ruina de los más grandes imperios, de las más antiguas religiones, de las más sólidas instituciones, ruinas que a los contemporáneos parece ser precursora de universal e irreparable cataclismo, es signo de nueva vida, es condición de progreso, es dolorosa transición a un estado superior"<sup>5</sup>. No se alcanzará lo propiamente humano cada vez que olvidemos el devenir; conocer al hombre es conocer la ley que le ha llevado a ser lo que es. Todo conocimiento es mediado y no será posible llegar a él más que repitiendo el proceso que conduce a él. "La historia del pensamiento humano pone de manifiesto que cada uno de los grandes sistemas de filosofía se formó en el tiempo y en la sociedad donde los elementos estaban de antemano preparados"<sup>6</sup>. Ya no se intentará estudiar ni la naturaleza ni el hombre despojado de su devenir, puesto que así no son reales. Lo que se intentará coger es la continuidad de los estadios por los que el mundo y el hombre han pasado.

La Europa de mediados del siglo pasado debe superar el período revolucionario y las nuevas repúblicas americanas —entre ellas Chile— deben consolidar y desarrollar su independencia. Para ello se debe organizar un cuerpo de doctrinas fundado en principios sobre los cuales exista consenso de los espíritus. ¿Es posible alcanzar este consenso sobre la base de creencias religiosas? ¿Es posible sobre argumentos metafísicos? Sólo se alcanzará el consenso de los espíritus si se centra la reflexión sobre verdades teóricas y sus consecuencias morales y políticas. La característica del tercer estadio de Comte —inspirado fuertemente en el criticismo kantiano— es que se debe abandonar los estadios teológico y metafísico. Debemos renunciar a las quimeras de la tecnología y la metafísica. Ya Kant insistió lo suficiente en que la única posibilidad es observar a escala humana y de acuerdo con nuestra estructura cognoscitiva. Preocupémonos de las realidades positivas, nos dirá Letelier, porque será a partir de ellas que alcanzaremos el acuerdo entre todos los espíritus. "Uno de los caracteres que más distinguen a la ciencia positiva es que ella no se abanderiza jamás. Sirve indistintamente a todos los que quieren utilizarla y, por lo mismo, se niega

<sup>5</sup>Letelier, V. (1900), Vol. I, p. 295.

<sup>6</sup>Letelier, V. (1900), Vol. II, p. 377.

a vestir insignias, colores o uniformes que pudieran dar motivo para presumir o que está abanderizada o que los unos tienen más derecho que los otros a sus servicios. En este punto no caben diferencias: la ciencia debe ser igual para liberales y conservadores, para ortodoxos y heterodoxos”<sup>7</sup>.

A mediados del siglo pasado, la problemática social, política y religiosa de la primera mitad subsiste, pero ahora eclipsada por un marcado acento científico-positivo. El positivismo, tal como fue formulado por Comte, no se propaga en su acepción literal; por el contrario, se impondrá una orientación más bien difusa del positivismo en un amplio sector de la opinión en la segunda mitad del siglo XIX. La base de este científicismo tiene su origen en el deísmo del siglo XVIII, en el criticismo kantiano y en el positivismo de Augusto Comte. Desdén hacia la metafísica, confianza sin reservas en la ciencia, esfuerzo por dar estructura científica a los hechos sociales, son algunas de las notas que caracterizan el pensamiento que por mediación de Littré o Stuart Mill beben pensadores como Renan, Taine, Spencer en Europa, y en Chile nuestro Letelier.

Littré ya ha corrido un velo púdico a los arrebatos erótico-místicos del maestro. Littré jamás adhiere a la religión del culto positivista. La secta religiosa no llega a propagarse en Francia pero sí echa raíces en América Latina, concretamente en Brasil, México y Chile. En nuestro país encontramos representantes de los dos grupos; “el ortodoxo comtiano de los hermanos Lagarrigue y el heterodoxo representado, entre otros, por Valentín Letelier”<sup>8</sup>. Letelier reconoce como patrimonio exclusivo de Comte la formación de un sacerdocio destinado a dirigir los actos primordiales de la vida humana. Estamos ante una “planta de papel” que no hunde sus raíces en la sociedad. “La religión de la humanidad vendría a crear en pleno siglo XIX un culto que no responde a ninguna necesidad moral de los espíritus avanzados, y unos dogmas que no son frutos del método experimental, y unos misterios que la ciencia no comprende (...) Por fortuna, semejante aberración no alcanzará a causar males de gravedad, porque repudiada por los más selectos ingenios de la ciencia y la filosofía, no ha podido formarse hasta ahora una base social suficientemente sólida para perpetuarse”<sup>9</sup>. Así, mientras los ortodoxos, fieles a la Religión de la Humanidad, disimulan el contenido racionalista del *Curso de filosofía positiva*, los heterodoxos huyen del sacerdocio y postulan como máxima esencial de la *filosofía científica* el que todos los

<sup>7</sup>Letelier, V. (1900), Vol. II, p. 363.

<sup>8</sup>Zea, L. (1980), p. xxxvi.

<sup>9</sup>Letelier, V. (1912), p. 554.

fenómenos se producen siguiendo leyes absolutamente regulares. Vale decir, siguiendo el determinismo que ya d'Holbach proclamaba. Letelier reconoce que los trabajos de biólogos, botánicos, zoólogos y fisiólogos no hacen sino confirmar el hecho de que los fenómenos de la vida están bajo un determinismo tan regular como el mundo inorgánico, pero su esfuerzo es proyectar este principio causal al plano de la historia y la sociedad. Pero, para Letelier abordar la problemática social no consiste, simplemente, en designar una serie de procesos o de agentes de socialización, tales como la familia, la escuela, el Estado, etc. Es más bien fijarse como objetivo el examen de las causas por las cuales una sociedad se hace y se rehace sin cesar; es el intento de explicar las contradicciones, las ambigüedades, las violencias o las resistencias.

El sentido dado por Letelier a la filosofía de la educación es inseparable del que le atribuye a la filosofía de la historia. Más precisamente, descubrir el sentido de la historia es concebir al mismo tiempo la posibilidad de realizar dicho sentido. La noción de sentido de la historia representa el centro de convergencia, el sostén de las aspiraciones. ¿Podemos dar un sentido a la educación sin dar un sentido a nuestra propia vida, a nuestra propia actividad de investigador o educador, sin afirmar al mismo tiempo nuestra esperanza en el hombre, sin creer en el progreso, en la posibilidad de mejorar las estructuras y el funcionamiento de todo sistema educativo?

Para Letelier, dar un sentido a la educación consistirá, entonces, en proceder a una doble actividad. Por una parte, elaborar, a partir de criterios explícitos, un balance crítico de procesos y logros cumplidos en cada uno de los niveles del sistema educativo y, por otra, concebir para el futuro, los objetivos de acción derivados de un exhaustivo análisis de las exigencias y posibilidades de la época. Así, mediante el aprovechamiento de numerosas y diversas fuentes, desarmará los mecanismos de la mistificación o de la desinformación relativas a tal o cual acontecimiento del pasado y suscitar en el investigador o educador una actitud vigilante. Entre las primeras obligaciones del estudiioso "se encuentra la de practicar sus investigaciones inspirado por una prudente desconfianza, esto es por una duda metódica que le estimule en cada caso a cerciorarse, hasta alcanzar el convencimiento perfecto, de la autenticidad, de la antigüedad y de la veracidad de las fuentes informativas"<sup>10</sup>.

La tarea que se asigna Letelier es dar una solución integral a la proble-

<sup>10</sup>Letelier, V. (1900), Vol. II, p. 334.

mática surgida de la crítica de los sistemas dominantes hasta entonces. La idea directriz, para ello, se encuentra apoyada en un cabal conocimiento de la situación general de todas las teorías que intentan explicar el complejo funcionamiento de la sociedad. La educación no es en sí misma un fin, sino sólo un medio para el desarrollo. Ahora, ¿es posible encontrar en algún punto un principio que dé la estabilidad necesaria a la teoría de la historia, a la teoría del Estado, así como a la pedagogía? Letelier tiene claro que el principio ya no puede buscarse en la teología ni en la metafísica tradicional, de ahí que su reflexión tomará como sustrato el sujeto de la ciencia moderna, implícito en el *cogito* cartesiano. La modernidad sigue el destino que el *cogito* cartesiano imprime al ser y a la verdad. Con el *cogito ergo sum* es la libertad misma del sujeto cognoscente la que viene a instalarse en el corazón del ser. El yo se constituye en acto fundante originario y por tanto puede prescindir de toda teología o metafísica. A partir de la modernidad es el hombre en tanto sujeto que se libera hacia sí, el que debe determinar lo verdadero, lo bueno o lo justo. Pero es necesario que este sujeto tome conciencia de su nuevo rol; de ahí la importancia que adquiere la educación. Pero, ahora “la misma educación intelectual se empeña menos en darnos un cuerpo de doctrinas que en dotarnos de un criterio que nos sirva para descubrir el camino de la verdad y para ir a ella mediante nuestros propios esfuerzos e investigaciones”<sup>11</sup>.

Los sistemas pedagógicos del siglo pasado se caracterizan por pretender alcanzar principios directivos generales de la educación, aplicables a épocas y pueblos diferentes sin tener en cuenta las diferencias de las naciones ni las necesidades de los Estados. En Alemania la psicopedagogía de Herbart y en Inglaterra el evolucionismo de Spencer coinciden en este modo de ver. Pero una ciencia pedagógica de validez general que prescinda de las diferencias de pueblos y tiempos, es una ciencia absoluta; se inscribe en los sistemas naturalistas de los siglos XVII y XVIII, y se proyecta a la vida de la sociedad humana, constituyéndose en el complemento de un derecho natural y de una teología natural. Pero el progreso de las ideas a la luz de la ciencia moderna desarrolla un humanismo reñido con los sistemas naturalistas. De ahí que cuando Valentín Letelier reconoce que el objetivo fundamental de la educación es ligar los espíritus, y de ese modo constituir la unidad de un pueblo, no está pensando en principios universales abstractos, sino en las jóvenes repúblicas americanas. Es cierto que los pueblos del nuevo continente no pueden ni deben aislarse de la cultura europea, pero —nos dice en

<sup>11</sup>Letelier, V. (1912), p. 40.

el prólogo a la segunda edición de la *Filosofía de la educación*—, “puedo legítimamente alimentar la esperanza de que la *Filosofía de la educación*, ahora remozada, brinde nuevos frutos a los pueblos del nuevo continente (...), mi obra está particularmente destinada a los pueblos americanos. Sin renunciar en manera alguna al carácter europeo de nuestra cultura, puedo afirmar que en puntos de educación tenemos necesidades especiales que no nos permiten imitar simiescamente los sistemas educativos del antiguo continente”<sup>12</sup>.

La formación, en sentido amplio, para Letelier, es función de todas las instituciones de la sociedad humana en la medida que, al fin, todos coactúan para terminar dando al individuo su configuración más elevada. “Es evidente que la obra de nuestra educación ni se acaba ni se interrumpe jamás; que todo en el universo es escuela; que en el mundo todos somos a la vez maestros y educandos; y que en una palabra, la vida entera es una perpetua enseñanza y un aprendizaje perpetuo”<sup>13</sup>. Así, en este sentido, la pedagogía es el supremo fin práctico para el que la reflexión filosófica nos puede orientar. “Mi intención —dice Letelier— fue siempre componer, no un texto de pedagogía, sino una obra que sirviese para imprimir una tendencia científica e inspirar un espíritu filosófico no sólo a los maestros, profesores y rectores, sino también a los gobernantes, a los legisladores...”<sup>14</sup>.

Una de las principales funciones políticas de la educación consiste en fundar y mantener la unidad nacional a través de una formación científica, social y moral. Pero, mientras los discípulos de Herbart lo intentan queriendo imponer un modelo único al que todos los individuos deben ajustarse, modelo que terminará desatando los mitos que hacen posible el autoritarismo, Letelier lo hace respetando las diferencias y preparando para la autoeducación y la libertad. “Regla que nunca se recomendará demasiado es la de adaptar el régimen escolar a las necesidades de ir desarrollando la capacidad de los educandos para la autoeducación y la libertad”<sup>15</sup>. Es mediante el juego libre y espontáneo que se asegura el surgimiento de un espíritu curioso por seguir los progresos científicos y en posesión de una norma ética que se impone sin necesidad de coacción alguna. Desde el punto de vista moral no está bien educado el que cumple sólo por respeto a la autoridad. El mejor régimen educativo es el que elimina las reglas fijas y que da al maestro

<sup>12</sup>Letelier, V. (1912), pp. xv-xvi.

<sup>13</sup>Letelier, V. (1912), p. 43.

<sup>14</sup>Letelier, V. (1912), pp. xiv-xv.

<sup>15</sup>Letelier, V. (1912), p. 66.

la libertad de poder adaptar las formas a las características de cada cual. "La mejor autoridad educativa es aquella que sabe imponerse con su presencia más que con su actuación, que siempre se siente pero que sólo de vez en cuando se manifiesta, que manda pero para que los educandos se acostumbren a proceder por sí mismos, y que obra convencido de que su principal deber es modelarles el ser moral de modo tan perfecto que ella misma pueda eliminarse sin peligro de que se descarríen"<sup>16</sup>.

En el plano científico, el estudio y reflexión de la cultura europea que Letelier realiza, no es menos cuidadoso y crítico. Se sirve, es cierto, de la ley de los tres estadios de Comte, pero como hipótesis que le permite explicar un concepto esencial del siglo XIX: la idea de progreso histórico. No obstante, la claridad teórica con que Letelier percibe la idea de progreso le coloca más allá del rígido esquema comtiano y le aproxima a la dinámica concepción del devenir de Hegel.

En cuanto a la aceptación de la clasificación de las ciencias de Comte, ello no sucede sin más: Letelier dedica el capítulo noveno de su *Filosofía de la educación*, es decir, treinta y seis páginas, al estudio de la clasificación y jerarquía de las ciencias y termina quedándose con la clasificación de Comte después de haber acogido objeciones de Herbert Spencer y de haber examinado clasificaciones de Bacon, de los enciclopedistas franceses, de Jeremías Bentham y Andrés María Ampère. Además, hay una percepción muy lúcida en Letelier al acoger la clasificación de las ciencias del *Curso de filosofía positiva*, la que queda lapidariamente expresada en los dos textos siguientes:

"Pero una clasificación que no sirviera para nada más, que sólo sirviera para organizar sistemáticamente la enseñanza de las ciencias, satisfaría, con esto, sólo el fin más importante de toda ordenación racional de los conocimientos"<sup>17</sup>.

"Por último, en el estado actual de la filosofía de la ciencia, no hay clasificación alguna que dé luz para juzgar las cualidades y defectos de un plan cualquiera de estudios, y mientras no se imagine otra más adaptable a la enseñanza, cualquiera que sean los defectos que por otro lado la afeen, este sistema se debe tener como base y adquisición definitiva de la didáctica"<sup>18</sup>.

La apertura de espíritu y anticipación epistemológica del teórico y educador queda puesta de manifiesto en estos textos. Aquí, Letelier reflexiona tal como si ya estuviera en el secreto del nuevo espíritu que animará a

<sup>16</sup>Letelier, V. (1912), p. 67.

<sup>17</sup>Letelier, V. (1912), p. 383.

<sup>18</sup>Letelier, V. (1912), p. 404.

las ciencias a partir de la revolución física operada por el relativismo einsteiniano. En Letelier, su acentuado racionalismo se desplaza hacia las ciencias, pero felizmente parece ser el pensador, el humanista, el educador quien debe proyectar luz sobre el proceso racional.

## BIBLIOGRAFIA

- GALDAMES, FRANCISCO (1985). "Misiones educacionales chilenas en América Latina" *Atenea*. N° 451, pp. 115-131.
- GALDAMES, LUIS (1937). *Valentín Letelier y su obra*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria. pp. xv+806.
- LETELIER, VALENTÍN (1886). *De la ciencia política en Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg. p. 136.
- LETELIER, VALENTÍN (1888). *¿Por qué se rehace la historia?* Santiago de Chile. Imprenta de "La Libertad Editorial", p. 67.
- LETELIER, VALENTÍN (1900). *La evolución de la historia*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes. Dos volúmenes: pp. xiv, + 354, más 541.
- LETELIER, VALENTÍN (1912). *Filosofía de la educación*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes. Segunda edición aumentada y corregida. pp. xxiv+864.
- LETELIER, VALENTÍN (1917). *Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales*. Introducción al estudio del Derecho Público. Buenos Aires. Cabaut y Cía. Editores, pp. xiii+804.
- MUNIZAGA, ROBERTO (1957). "Letelier y nuestra tradición pedagógica". *Anales de la Universidad de Chile* N° 105, pp. 41-49.
- ZEA, LEOPOLDO (1980). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Compilación, Prólogo y Cronología. Caracas. Biblioteca Ayacucho. Dos volúmenes: liv+594, más 764.